

De la Academia

NUESTROS ESTUDIANTES NO ESCRIBEN: ¿NOS PREOCUPAMOS O NOS OCUPAMOS?

OUR STUDENTS DON'T WRITE. WE MUST WORRY OR WE MUST TAKE ON IT?

Pilar Mirely Choís Lenís*

RESUMEN

En este artículo se presenta una reflexión en torno a la responsabilidad que tenemos los profesores universitarios de ayudar a nuestros estudiantes a escribir aquellos textos que les solicitamos en todos los campos del saber. Se señalan algunas razones que sustentan esta posición.

Palabras clave: Escritura académica. Escritura en la universidad..

ABSTRACT

This article presents a reflection about the responsibility of university professors like support for our students on writing texts, that we require them in all fields. We become evident some reasons such as support this position.

Keywords: Academic writing. Writing.

* Fonoaudióloga. Especialista en la enseñanza de la lectura y la escritura. Magíster en Lingüística y Español. Profesora Asociada, Programa de Fonoaudiología. Universidad del Cauca.

Correspondencia: pilarchois@unicauca.edu.co

Entre los profesores universitarios es usual lamentarnos de las pocas capacidades de nuestros estudiantes a la hora de escribir; reconocemos en ellos problemas que van desde los “horrores” de ortografía hasta la imposibilidad de expresar por escrito una idea. Las investigaciones se encargan de corroborar esas apreciaciones, tanto en estudiantes principiantes, como en aquellos que culminan su carrera profesional (1-3).

Lo anterior puede explicarse porque la escritura en el campo académico no es una actividad sencilla: implica establecer objetivos, planificar el texto en función del perfil del lector, buscar información confiable y revisar una y otra vez el texto, entre otras (4). Ignorando la complejidad de esta tarea, es fácil encontrar a “los culpables” de las “dificultades” de escritura de los universitarios: las malas bases a causa de una deficiente educación básica y media, el poco tiempo y estimulación que recibieron en sus hogares, los desarrollos tecnológicos que atraen toda la atención de los jóvenes y su consecuente escaso interés por la lectura.

Sin embargo, pocas veces buscamos un poco más cerca: ¿será que los profesores universitarios, independientemente de nuestro campo de formación, podemos hacer algo para ayudar a los estudiantes a escribir mejor? Los investigadores en el campo de la escritura académica nos están diciendo que no sólo podemos, sino que debemos hacer algo al respecto, por algunas razones que enuncio a continuación.

Por un lado, porque al llegar a la universidad, el estudiante se enfrenta con prácticas de escritura que desconoce, por cuanto son muy diferentes de aquellas en las que ha participado durante su escolaridad previa y en otros espacios no académicos (5). En la universidad se ve obligado, muchas veces por primera vez, a escribir textos derivados de varias fuentes, a dar cuenta por escrito de lo que piensa sobre un campo disciplinar que apenas está conociendo y a escribir

textos propios de una profesión en la que recién incursiona. Todo esto dista mucho de lo que usualmente se le pide hacer en la educación previa: repetir lo que dicen los autores que han leído. Por lo tanto, no se puede esperar que al ingresar a la educación superior, las personas lleguen con las herramientas necesarias para asumir las tareas escritas propias de este nivel (6). Solo en la universidad puede enseñarse a escribir como se espera en la universidad. Esto no significa que la educación previa no pueda -deba- promover otro tipo de tareas que ayude a los escolares a desarrollar al máximo sus capacidades escriturales; sólo que esto no excluye la responsabilidad de los profesores del nivel superior.

Por otro lado, porque cada comunidad disciplinar o profesional desarrolla sus propias maneras de escribir, sus propias convenciones, compartidas solo por quienes la conforman. Es decir, regularmente un abogado escribe alegatos; un ingeniero, proyectos y un médico diligencia historias clínicas. Cada campo del saber construye los tipos de textos que le son útiles a sus profesionales en la práctica laboral, usando determinadas convenciones y formas de expresión que un integrante de otro campo desconocería. Entonces, ¿Quién sabe qué y cómo debe escribir un fisioterapeuta, un fonoaudiólogo, un enfermero o un médico, si no son ellos mismos?

Otra razón que puede esgrimirse a favor de que los profesores universitarios ayudemos a nuestros estudiantes a escribir mejor, es que generalmente los evaluamos mediante la escritura. Entonces, resulta muy injusto que evaluemos algo que no enseñamos a hacer. No puede separarse lo que se escribe, del cómo se escribe, de manera que podemos dudar de aquellos que dicen “yo lo tengo claro, pero no sé cómo escribirlo”: Sólo se puede escribir claro aquello que se tiene claro. Entonces, si pretendemos evaluar a un estudiante pidiéndole escribir un informe, sería nuestra obligación enseñarle a hacerlo.

Es importante señalar también que la escritura tiene un enorme potencial epistémico que es necesario explotar en el entorno universitario. La escritura no es solo un medio para decir lo que ya se sabe; resulta ser una poderosa herramienta para pensar (7). Quienes hemos asumido a conciencia la tarea de escribir un artículo, un proyecto o un informe de investigación, podemos ver que la tarea de escribir nos exige y nos ayuda a aclarar las ideas, a identificar las relaciones entre ellas, a precisar información que creíamos conocer con claridad. Esto no es algo que se aprende de manera espontánea, sucede con la práctica sistemática y es muy productivo que los principiantes cuenten con el apoyo de quienes ya han recorrido ese camino.

Por último, conviene también preguntarnos por el tipo de profesionales que queremos formar. Usualmente, en la práctica clínica los trabajadores de la salud debemos escribir algunos textos como historias clínicas y recomendaciones a los usuarios. Quienes se desenvuelven en campos administrativos se ven obligados a escribir otros como proyectos de inversión y aquellos que investigan, deben escribir proyectos, informes, artículos y libros. Cada uno tiene su nivel de complejidad y sus demandas específicas. Creo que no deberíamos conformarnos con lo básico; creo que deberíamos ayudar a nuestros futuros colegas a construir las herramientas que les permitan ser personas que aporten al desarrollo de la profesión y en esto juega un papel fundamental la publicación científica.

Ya lo decía Robert Day, escribir bien un trabajo científico no es una cuestión de vida o muerte; es algo mucho más serio (8). Si esperamos que los egresados de la Facultad Ciencias de la Salud de la Universidad del Cauca puedan dar a conocer a la comunidad académica y científica sus hallazgos investigativos o clínicos a través de textos publicados en medios válidos, es nuestro deber apoyarlos en ese aprendizaje de manera sistemática. No puede dejarse ese asunto a la capacidad

que ellos desarrollen de manera autónoma, porque no siempre sucede de manera exitosa. Es importante reconocer que la escritura académica y científica no es algo “para lo que se nace” o un asunto de inspiración. Se trata definitivamente de un aprendizaje que puede -debe- ser potenciado en la universidad. Para ello, vale la pena que los profesores nos preguntemos qué tantas competencias escriturales tenemos, qué tanto usamos la escritura como medio para pensar, qué tanto publicamos. Estas son condiciones necesarias para enseñar a escribir, pero no suficientes. No basta con que los profesores escribamos bien y publiquemos para poder enseñarlo a los universitarios. Es necesario reflexionar sobre el proceso de producción textual, tomar conciencia de las características propias de los textos y aprender a ofrecer los apoyos adecuados a los aprendices.

Este proceso podría estar acompañado por profesores especialistas en lengua, en un diálogo de saberes. Es necesario que toda la comunidad universitaria se involucre en la formación de personas capaces de comunicarse, aprender y divulgar el conocimiento por medio de esa poderosa herramienta llamada escritura. Es indispensable que los profesores de todos los programas académicos nos ocupemos de ayudar a los futuros profesionales a escribir mejor en vez de que solo nos preocupemos por sus problemas para hacerlo.

REFERENCIAS

1. Cisneros, M. Comprensión lectora y escritura en el momento de ingreso a la educación superior. pp. 75-100 En: Narváez, E. y Cadena, S. (comp) Los desafíos de la lectura y la escritura en la educación superior: Caminos posibles. Cali: Universidad Autónoma de Occidente. 2008
2. La escritura de textos con fines académicos, una revisión de los textos de universitarios principiantes. En: Narváez, E. y Cadena, S. (comp)
3. Chois, P. “¿Cómo argumentan por escrito los fonoaudiólogos en formación?”. En: Rev. Areté 2009 (9) 151 - 162
4. Sánchez, A. Manual de redacción académica e investigativa: cómo escribir, evaluar y publicar artículos. Medellín: Católica del Norte Fundación Universitaria. 2011
5. Carlino, P. Escribir, leer y aprender en la universidad. Una introducción a la alfabetización académica. (1ª Ed). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2007
6. Cisneros M y Jimenez H. Alfabetización académica y profesional como directrices de la acción formativa en la educación superior. En: Parodi, G. (Ed) Alfabetización académica y profesional en el siglo XXI: leer y escribir desde las disciplinas. Barcelona: Academia chilena de la lengua y Ariel; 2010. 291-316
7. Carlino, P. La escritura en la investigación Documentos de trabajo. Escuela de educación. Universidad de San Andrés. Argentina. 2006 (En línea). Disponible en: <http://www.udes.edu.ar/files/EscEdu/DT/DT19-CARLINO.PDF> Consultado el 28 de Octubre 2011
8. Day, R. Cómo escribir y publicar trabajos científicos. (3ª edición en español y 5ª edición en inglés) Washington, D.C.: Organización Panamericana de la Salud. OPS y Organización Mundial de la Salud. OMS. Ed. The Oryx Press.. 2005. 9-14.